

diato como la catalogación de conjuntos o fondos pueden ser consultadas las comunicaciones de Masiero (cerámica cassita), Gasparri (colecciones de escultura) o Franca Badoni (pintura pompeyana). Un ejemplo de "data bank" es, sin duda, el índice de CVA cuyos resultados como instrumento de investigación son ilustrados con algunos ejemplos.

El volumen es misceláneo en autores, temas y posibilidades. Algunos ejemplos nos tememos que entren más en el campo de lo excepcional que de lo cotidiano, otros son extremadamente complejos. Otros son más accesibles y con ciertas modificaciones pueden atender a necesidades más simples. En resumen, un libro que es conveniente leer aunque sea a puro título informativo.—ALBERTO BALIL.

JONSSON, M., *La cura dei monumenti alle origini. Restauro e scavo di monumenti antichi a Roma 1800-1830*, Stokholm, Svenska Institutet i Rom, 1986, 8.º, 190 pp., 117 figs.

Una parte de nuestra imagen actual de los monumentos de Roma, concretamente la que diferencia el estado de cosas que cambian la visión de Piranesi de la fotografía de Alinari, es consecuencia de la labor realizada durante el primer tercio del siglo XIX.

El nombre de Valadier, y su obra, ha llevado, en demasía, a asociar este cambio con la denominación francesa el "reino de Roma" napoleónica. Se olvida que ésta cubrió apenas un sexto de este período, entre 1809 y 1814 y que la obra de Valadier se desarrolló con mayor amplitud tras la restauración que se hizo durante la ocupación francesa. Si esta labor debe asociarse con una figura política ésta es la del Papa Pío VII, como soberano temporal, si a una institución ésta es la Accademia di San Luca y el nombre de Valadier, más activo tras la restauración que durante la ocupación francesa, no puede ocultar la dirección de Fea, la labor de Giardini, de Camporesi, de Canova o de Stern.

La visión de Pío VII, establecida en la legislación de 1802 y reexhumada tras la restauración tendía al conocimiento, recuperación y estudio del monumento. La Administración napoleónica, teledirigida desde París, atendió preferencialmente al urbanismo y su culminación en una *nova imago urbis* que fuera la apoteosis del Imperio. En este sentido no se resiste la comparación entre la visión, y ejecución, napoleónica y la mussoliniana incluida la concepción de la "obra pública" como lucha contra el paro. En lo mejor de sus propósitos la Administración francesa quiso hacer de Roma una artificiosa capital comercial, mientras la visión de Pío VII y sus consejeros, se centró en una Roma que no podía ser tal pero que era y debía seguir siendo un centro artístico y cultural. Incluso los trabajos emprendidos previamente a la celebración del Año Santo de 1825, dentro de este propósito, contemplaban ya a Roma como un "centro de atracción de forasteros" donde se uniera la espiritualidad religiosa y la estética.

Este, en líneas generales, podría ser el resumen de este libro. Hay que tener en cuenta que la documentación, pontificia o napoleónica, es abundantísima. Es posible conocer las alternativas, entusiasmos, interrupciones prolongadas y nuevas empresas con un extraordinario detalle, los modos de trabajo, el reclutamiento de la mano de obra, incluidos los habituales penados, o las condiciones de trabajo, alojamiento y manutención de la misma. Las interrupciones no suponen un cambio radical en los centros de interés. Bastará recordar la prolongadísima labor en el Colosseo, sus complejos endamiajes o la construcción del característico espolón en el extremo oriental. Otro caso será el del aislamiento del Pantheon, manteniendo su función como lugar de culto y sin suprimir los entonces tan denostados y hoy añorados, campanarios de Bernini, o la labor en el Foro Romano con el sucesivo aislamiento de los arcos de Septimio Severo, Constantino y Tito.

La Administración napoleónica de la "città imperiale e libera" de Roma, directamente vinculada al emperador, que acaso soñara en convertirla en residencia propia, y "segunda

capital" del Imperio, ¿caso a la espera de convertirla en la primera? multiplicó y dispersó intereses, el "templo de Vesta" en el Foro Boario, el de la "Fortuna Viril", la ladera forense del Capitolio o el Foro de Trajano, donde se depositaron esperanzas que hoy juzgamos ingenuas, del mismo modo que nos suenan a vieja y conocida historia las discrepancias entre las autoridades de París y las de Roma o los choques entre Gissors y Valadier. Con ello chocaron dos concepciones y un clasicismo academicista y pseudo-hispodámico de París. Las ideas de Gissors y Berthault, forasteros en Roma, aspiraban a llevar a cabo su propia visión aunque supusiera la destrucción de cuanto consideraban de escaso interés. Con acierto se dijo que con el propósito de hacer obra llamativa prescindieron de todo otro principio, incluida la economía y el coste del proyecto que en ocasiones cuadruplicó, caso del Pincio, el proyecto Valadier. Curiosamente Berthault y Cissors, pese a su puritanismo en las restauraciones, recuerdan los proyectos elaborados en los años 20 para unir en una inmensa plaza Pantheon, Adrianeo, Columna Antonina y Augusteo, p. e., la "gran plaza" frente a Fontana di Trevi.

Si las críticas de Gissors al espólón de Stern en el Colosseo parecen utópicas, aunque acordes a su absoluta desvinculación de lo que pudiera significar el coste de una obra, hay que reconocer que su proyecto de restauración del arco de Tito, tal como fue llevado a cabo por Valadier siguen siendo hoy un ejemplo modélico de cómo es posible integrar un monumento sin que quepa confusión entre original y restauración, antiguo y moderno y, al mismo tiempo, conservar la apariencia de la integridad. Si se compara la obra de Valadier con la de Viollet-le-Duc y sus imitadores, *ubique Europa*, la obra de Valadier es un modelo de respeto y sensibilidad, aun a sabiendas de que, como ha sabido establecer la autora, primaron los intereses económicos, que no faltaron críticas entre los contemporáneos y que la reconstrucción del ático, uno de los puntos discutidos entonces y ahora, no se ajustara a la realidad. Por mi parte, contra la opinión de Stendhal, creo que en pocas ocasiones un monumento claudicante y mal tratado ha sido restaurado, dentro de los medios disponibles, con tanto respeto. Con materiales de poco coste y buenos artesanos, Valadier alcanzó su punto crítico en la restauración de Colosseo. La desaparición de los enlucidos y enfoscados hace hoy más evidente el contraste entre parte antigua y moderna y nos muestran a Valadier no como un puritano de la restauración sino como un arquitecto realista, muy hábil en sacar provecho de los medios, escasos, a su alcance. Primó un interés que más tarde dejaría de ser primario, la conservación de los monumentos para el futuro y la conciencia de la necesidad de mantener y reparar las alteraciones resultantes de la eliminación de depósitos de tierra y escombros, fuera en el Colosseo o en la Basílica de Majencio que habían apuntalado zonas del monumento que, al desaparecer aquéllas, mostraron bien pronto grietas y desplomes.

Pensemos en un tema entonces tan polémico como pudo ser el de la excavación y nueva cubrición de las substrucciones de la arean del Colosseo. Independientemente de los problemas que, desde Valadier, se plantean generacionalmente, de la limpieza del Colosseo de la "flora abusiva", hoy el Colosseo, con sus substrucciones de la arena nuevamente visibles tras las excavaciones de Boni, se nos aparece como un inmenso embudo en el cual no cabe formarse idea de la amplia extensión de la arena del mismo ni la altura "útil" del edificio con respecto a la misma.

Es mucho lo que hay que agradecer a Marita Jonsson por este libro. De una parte una documentación detalladísima sobre unos hechos sobre los que existía una *communis opinio* no siempre exacta ni cierta. De otra darnos un texto vivaz, dinámico, que permite adentrarnos, no sólo de sonetos del Belli y grabados del Pinelli vive el hombre, en uno de los aspectos menos cultivados por los "cultori di Roma", de la vida de la ciudad papal en el último medio siglo del poder temporal del Pontificado.—ALBERTO BALIL.